

James Krüss

# Paulina

y el Príncipe del Viento

*Ilustraciones de Renate Habinger*





*James Krüss*

# Paulina

y el Príncipe del Viento

Ilustraciones de Renate Habinger

Traducción de Moka Seco Reeg



ANAYA



**P**AULINA ES HIJA de los Thalmeyer. Creo que es la sexta de la prole, aunque también podría ser la séptima. Los Thalmeyer tienen tantos hijos que incluso al padre le cuesta a veces saber cuántos son.

La familia vive al final de mi calle. Cuando Paulina va al colegio, pasa por delante de mi casa. A veces, me hace una breve visita después de clase. Entonces, le regalo caramelos, chocolate o fruta, y ella, a cambio, me suele regalar una historia.

Paulina todavía no sabe leer y eso es una gran fortuna, ya que por esa razón aún se entusiasma con cada historia y las cuenta con viveza. Cierto es que lo hace a tontas y a locas. Por eso, primero tengo que ordenar la historia en mi cabeza antes de ponerla por escrito; cosa que hago siempre cuando se va de mi casa.

La forma de Paulina para contar historias es más o menos la siguiente: «Un día que estaba en casa de mi tío... ¿sabes?, se llama Mollzahn y es ingeniero... mi tía también se llama Mollzahn y me ha cosido un jersey de lana... pues bien, estuve en las vacaciones en su casa y allí hay un gran abedul... tuve que jugar al minigolf, ¡pero todos los días!... y, un día gané yo... oye, pues pasó algo extraño con el abedul... porque creo que está enamorado de mí, ¿sabes? El abedul, claro... reconozco que a mí también me cae requetebién, el abedul, digo...».

Supongo que estaréis de acuerdo conmigo en que tanta charlatanería resulta encantadora, además de amena. Pero tanta charlatanería (sobre todo de este tipo) no se

puede publicar a lo largo de todo un libro, por muy encantadora que sea. Los relatos deben tener pies y cabeza; sobre todo, si son para niños. Por eso, me gusta ordenar bien las historias de Paulina antes de ponerlas por escrito, tal y como corresponde a las historias infantiles: es decir, con el principio al principio, y con el final, pues al final del todo.

La primera historia me la contó Paulina en mayo. Por esas fechas, estaba aprendiendo el nombre de los meses en el colegio. En seguida vino a verme para contarme cómo ella se había encontrado una vez de sopetón a los doce meses del año. Asegura que fue por nuestra zona, es decir, no muy lejos del lago Weßlinger See. Pero un valle como el que Paulina describe en su historia no existe a lo largo ni a lo ancho de toda nuestra región. Debe de haberse confundido. Quien vive tantas aventuras como ella tie-

ne derecho a confundirse de vez en cuando. Lo que importa es que haya sucedido en algún lugar, y de eso me dio su palabra Paulina, con medio plátano metido en la boca, por cierto.

Refiero la historia tal y como la redacté en mayo, sentado en el sillón de mimbre de mi terraza. Se titula:



# Paulina

## y el señor Mayo



**U**N BUEN DÍA, Paulina se puso a jugar en la pradera que los doce meses del año habían escogido para reunirse. Dicha pradera se encontraba en un valle que se abría a los cuatro puntos cardinales. Por eso, Paulina tuvo ocasión de observar con todo lujo de detalles la llegada de los doce meses: del oeste llegaron marzo, abril y mayo; por el sur vinieron junio, julio y agosto; por el este aparecieron a toda prisa septiembre, octubre y noviembre; y por el escarpado norte descendieron diciembre, enero y febrero.

El traje que llevaba el mes de mayo era el más elegante de todos. Cuando los otros once meses lo vieron, dijeron:



—¡Miradle! Puede que vaya muy bien vestido, pero es un inútil.

Al oír esto, el mes de mayo llamó a Paulina y le preguntó:

—¿Cuál es tu mes favorito?

Paulina respondió sin pensárselo dos veces:

—¡Tú, señor Mayo!

—¡Qué extraño! —exclamaron los once meses a coro—. Qué extraño que mayo sea su mes favorito.

Pero quienes más se sorprendieron de todos fueron diciembre, enero y febrero, es decir, los serios meses invernales. Por eso preguntaron a la niña:

—¿Y por qué prefieres el mes de mayo?

—Porque no es tan frío y gélido como vosotros —contestó Paulina.

—Pero es un mamarracho —replicaron los meses del invierno—. Poco o nada podrás aprender de él.

—No es verdad —dijo Paulina, sonriente—. Yo he aprendido algo de él. Es más, algo que además de bonito resulta muy útil.

¡Cómo abrieron entonces sus ojos color azul hielo los meses invernales! En seguida preguntaron intrigados:

—¡Ah, sí!, ¿y qué se puede aprender del mes de mayo?

—A cantar —gritó Paulina, riendo de alegría.

—¡Qué extraño! —exclamaron los once meses a coro—. Qué extraño que, en efecto, se pueda aprender algo del mes de mayo.

Pero, entonces, los rollizos meses estivales, es decir, junio, julio y agosto, añadieron en tono de burla:

—Posiblemente se pueda aprender a cantar del mes de mayo, pero ¿quién se puede pasar la vida cantando? Además, el mes de mayo no resulta útil, EN ABSOLUTO, para nada más.

El mes de junio dijo:

—En mayo, aún no se puede nadar en el lago y mucho menos patinar, porque ya no está helado.

—Y el suelo —añadió el mes de julio— sigue demasiado frío como para tumbarse sobre él.



—Además —gruñó el mes de agosto—, en mayo, aún no cuelgan frutos de los árboles frutales y las mieses tampoco maduran en los campos.

—Así que... —dijeron los tres meses estivales a coro— en mayo solo se puede hacer una cosa: cantar, cantar y cantar, y nada más.

—¡Os equivocáis! —exclamó, Paulina—. En el mes de mayo se pueden hacer mil y una cosas.

—¿Qué, si puede saberse? —preguntaron los tres meses estivales, con curiosidad.

—Mejor os lo canto —les propuso, Paulina—. Mi canción se llama: *¿Qué se hace en el mes de mayo?*

La niña no se hizo de rogar y en seguida entonó:

¿Qué hacen los gatos en mayo?

Juegan y retozan con sus crías en la pradera  
mientras acechan a las aves entre la hierba.  
Eso hacen los gatos en mayo.

¿Qué hacen los perros en mayo?

Tiran de sus amos, como locos, para salir por la cerca  
mientras enredan la correa entre sus piernas.  
Eso hacen los perros en mayo.

¿Qué hacen los caballos en mayo?

Cargan con toneles de cerveza recién hecha,  
que llevan, en un pis-pas, a la feria de la aldea.  
Eso hacen los caballos en mayo.

¿Qué hacen los niños en mayo?

Juegan hasta que... ¡ris-ras!, ¡ay!, ¿qué dirá mamá con medio pantalón aquí, y en China, la otra mitad? Eso hacen los niños en mayo.

¿Qué hacen las niñas en mayo?

Con lazos, mil cintas y lindos quimonos de seda, se disfrazan de flores en honor a la primavera. Eso hacen las niñas en mayo.

¿Qué hacen los poetas en mayo?

Estornudan y se rascan entre el fragante heno mientras riman, por ejemplo, este divertido texto. Eso hacen los poetas en mayo.





Cuando Paulina terminó su canción, los once meses dijeron a coro:

—¡Qué extraño! Qué sumamente extraño que en el mes de mayo se puedan hacer tantas cosas.

Pero entonces septiembre, octubre y noviembre, que eran los tres meses otoñales, estallaron en risas burlonas y sus mofletes regordetes y sonrojados se hincharon aún más:

—Es muy posible que en el mes de mayo se pueda hacer esto de aquí y lo de más allá también, pero no tiene nada que ofrecer. ¿Acaso colma al mundo con sus frutos como nosotros, o con trigo dorado por el sol como el verano, o con las mil y una delicias de la nieve como el invierno? El mes de mayo es un pobre don nadie.

—¡Os equivocáis! —exclamó, Paulina—. Yo sé qué puede ofrecer el mes de mayo.

—¿Qué, si puede saberse? —preguntaron los tres meses otoñales, muertos de curiosidad.

—¡Flores! —contestó Paulina—. ¡Miles y miles de flores!

—¡Qué extraño! —exclamaron los once meses a coro—. Qué extraño que, en efecto, el mes de mayo tenga algo que ofrecer.

—Pero los regalos que ofrece son muy modestos, por no decir insignificantes —dijo el mes de julio, llamando la atención del resto de sus compañeros—. ¿Acaso obsequia al mundo con rosas? ¡Qué va! Solo con las simples florecillas de los cerezos y de los almendros, y con las margaritas del campo.

—¡Cierto, señor Julio! —exclamó, Paulina—. Tus flores son sin duda más preciosas que las del mes de mayo, pero reconoce que vienes justo cuando estamos a manos llenas. En cambio, el mes de mayo nos agasaja cuando somos pobres como ratas.

—¡Niña desagradecida! —regañaron el mes de marzo y el de abril a Paulina—. ¿Acaso no somos nosotros



quienes traemos a la Tierra los primeros capullos y las campanillas de invierno? ¿No te agasajamos nosotros antes que el mes de mayo?

—¡Claro que sí! —dijo Paulina, tratando de apaciguarles—. Claro que sois los primeros en alegrar nuestras vidas todos los años con vuestros colores, pero reconoced que sois algo austeros. El mes de mayo parte y reparte generosamente.



Entonces, por fin el mes de mayo tomó la palabra y dijo:  
—El verano y el otoño derrochan los bienes de su propia riqueza. El invierno regala alegrías, que también esconden cierto reverso amargo. Y mientras marzo y abril entregan sus dones con manos vacilantes, a mí, en cambio, no me da miedo la pobreza y me entrego en cuerpo y alma. Por eso, deberíais concederme al menos el cariño de la gente y las risas de los niños.

—¡Qué extraño! —dijeron los once meses a coro, riendo de alegría—. Qué extraño que resulte tan difícil enfadarse con el mes de mayo. Al final, siempre consigue alegrarnos, ¿por qué será?

—Porque también es un niño como yo y su risa es contagiosa —contestó Paulina.

Los once meses del año asintieron, para dar la razón a la niña, y estallaron en carcajadas al ver cómo el mes de mayo jugaba con sus adornos de colores, que relucían al sol.

Con esta historia de Paulina estuve de acuerdo de principio a fin, porque también mayo me parece el mes más simpático de todos. Además de ser el mes en el que nací.

Por cierto, confieso que el poema *¿Qué se hace en el mes de mayo?* me lo inventé yo, Paulina solo cantó:

¿Qué se hace en mayo?

¿Qué se hace en mayo?

Un montón, un montón, un montón.



Si os soy sincero, me supo a poco. Por eso me he permitido contestar la pregunta con más detalle, añadiendo un par de rimas.

La siguiente historia me la contó Paulina en junio. Aquel día también me encontró en la terraza, sentado en mi sillón de mimbre y tostándome al sol. Paulina, primero, dio de comer a mis carpas doradas. Luego, me dijo que le apetecía hacer pompas de jabón, así que fui a la cocina a por una jarra llena de agua con jabón y una pajita.

Paulina se sentó con la jarra sobre el murete, que hacía las veces de barandilla, y yo seguí leyendo el periódico. Pero, de pronto, toda una escuadrilla de pompas de jabón irisadas pasó ante mis ojos, deformando las letras de un modo muy curioso: en vez de «Inglaterra», leí «Tía Berta», y en vez de «presidente», «se siente». Así que interrumpí la lectura del periódico y en seguida tuve a Paulina sentada a mi lado. Ni corta ni perezosa me preguntó:

—¿Ya te has comido todos los caramelos de la lata redonda?



—No, todos no —contesté—. Todavía quedan algunos. Los reservo para comprarme con ellos alguna historia que me guste.

—¡Qué coincidencia más divertida! —exclamó Paulina, soltando un gritito de entusiasmo—. Porque en este preciso momento pensaba ofrecerte una.

—Será un placer comprártela —dije—, pero antes debería oírla para saber su valor.

—Entiendo —dijo Paulina—. Vale, escúchala primero. La puedes pagar luego.

La propuesta me pareció más que aceptable y la niña me contó su segunda historia a trompicones y volteretas, ya sabéis, con su charlatanería de siempre. Bien ordenada y en limpio, la historia queda como sigue: